

Chispas

Luis Goytisolo

Chispas



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: 行く手 (To the Future), 2009.

Primera edición: junio 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Luis Goytisoló, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9880-4

Depósito Legal: B. 13274-2019

Printed in Spain

Black Print CPI Ibérica, S. L., Torre Bovera, 19-25
08740 Sant Andreu de la Barca

Miró hacia arriba, y allí estaba el Gato una vez más, sentado en la rama de un árbol.

—¿Qué dijiste exactamente? —preguntó el Gato—. ¿Pig o fig?

—Dije pig —contestó Alicia—. ¡Y a ver si dejas de andar apareciendo y desapareciendo tan de golpe! ¡Me da mareo!

—De acuerdo —dijo el Gato.

Y esta vez desapareció despacito, con mucha suavidad, empezando por la punta de la cola y terminando por la sonrisa, que permaneció allí cuando el resto del Gato ya había desaparecido.

LEWIS CARROLL

UN PASEO POR EL PRADO

—Usted perdone, pero ¿verdad que en otra ocasión estuvimos como intentando aclarar de qué nos conocíamos, si es que nos conocíamos de algo?

—Mire, lo mismo le iba a preguntar yo si no me hubiera distraído atendiendo un mensaje del dichoso móvil. Lo recuerdo perfectamente. Y llegamos a la conclusión de que, por raro que nos pareciera, conocernos, no nos conocíamos de nada.

—Seguramente es una cuestión de afinidad, de sentirnos próximos o parecidos el uno al otro.

—Y, o mucho me equivoco, o acertamos los dos. Me refiero a la similitud del carácter, al modo de entender la vida, a las costumbres y todo eso.

—Exacto. Lo que es para nosotros el día a día: desayunar echando un vistazo al periódico, la oficina, la familia, los chicos, las vacaciones de

verano en la playa, las primeras comuniones, las bodas, los bautizos y todo eso.

–Ni más ni menos. Para nosotros la vida era eso. Y la verdad es que no me quejo.

–Tampoco yo. Hemos disfrutado de la vida y eso es lo que importa.

–Lo que sucede es que todo ha cambiado tanto que acabas por sentirte raro. Yo, por ejemplo, soy de la época de las computadoras. Y me manejaba perfectamente. Pero estos móviles de ahora con los que puedes hacer de todo son algo que ya se me escapa.

–Yo ni siquiera acabo de entender cómo se realizan los negocios de ahora. ¿Qué pasos dan quienes los manejan? ¿En virtud de qué clase de datos? Los ves con su traje de chaqueta azul, no azul marino, azul, la camisa blanca y la corbata roja, fuertes, rubicundos, dando zancadas en torno a la pantalla como para lucir los zapatos negros y brillantes, toqueteando el móvil de vez en cuando... ¿En eso consiste su trabajo?

–Exacto. Antes unos eran fabricantes, otros se dedicaban a vender, a construir. Pero ahora...

–Pues sí, ahora compran y venden lo que llaman «productos». Pero ¿en qué consisten esos productos? ¿De qué están hechos?

–Y los coches, ¿te has fijado? Negros, de cristales oscuros, como para concentrarse mejor en

lo suyo... O para no ser reconocidos. De lo que no cabe duda es de que tienen más cultura, que aparte de conocer idiomas dominan cosas de las que nosotros no tenemos ni idea.

–Bueno, esto es un fenómeno general. Basta echar un vistazo a la gente que nos rodea, aquí, en la explanada del Museo, entrando y saliendo, sacándose fotos con el móvil, para dejar constancia de su interés por el arte, a solas, en grupo, al pie de la estatua de Goya... Aquí hay un interés por la cultura que nosotros no teníamos.

–Un interés y un conocimiento. Y, ante cualquier duda, no tienen más que echar un vistazo al móvil.

–Pues sí... Oye, perdona un momento, que voy a contestar el mensaje de este amigo; luego podemos ir a tomarnos unas cañas. Y es que fíjate, como soy del norte, al decirle que estaba en el Paseo del Prado habrá pensado que estaba en pleno campo dando un paseo y va y me pregunta: «¿Qué se cuentan las vaquitas?»

–Contéstale que andan por ahí diciendo: «¡Muuu!»

–Genial, tú. En eso sí que nos distinguimos: tú eres mucho más ocurrente que yo. Le cuento eso: «Las vaquitas van diciendo muuu»...

MÁS DE LO MISMO

El jardín, si el día era soleado, la ponía de buen humor nada más levantarse. El resplandor dorado de los tilos, de los setos, de los macizos de flores, tenía un indudable efecto euforizante, coreado y como ensalzado por el piar flirteante de los pájaros. Muy en especial los petirrojos, los más confiados en su calidad de ya antiguos vecinos. No tardarían en llegar las golondrinas que, ya en verano, utilizarían los cables del tendido eléctrico para iniciar en los secretos del vuelo a las todavía bisoñas crías.

Pero, por el momento, lo de cada mañana. El aseo personal, preparar el desayuno –fácil el suyo, de sartén y cazo el de él– para consumirlo, ya como con prisas, ante la pantalla del televisor.

Luego, cada uno a su coche –grande y oscuro el de él, pequeño y dinámico el suyo– y cada uno a su trabajo, un recorrido con varios cam-

bios de carretera hasta alcanzar la autopista. Alrededor de una hora si no había atascos a la entrada de la ciudad.

Antes de llegar a los suburbios, todavía en el campo, un paisaje cada vez más prescindible en la medida en que era progresivamente alterado por los bloques de apartamentos y polígonos industriales que iban surgiendo aquí y allá, convirtiendo los antiguos pueblos, ya casi deshabitados, en una rareza puramente decorativa. Claro que, si las casas y callejas seguían siendo las de siempre, sus habitantes ya no lo eran. La agricultura mecanizada había cambiado su presencia física, un sobrepeso generalizado que poco tenía que ver con las tallas enjutas y menudas de antes, rasgos que con los años adquirirían una textura seca y fibrosa, como de salazón o ahumado.

Una transformación similar a la producida en él, solo que como por arte de magia: la de un joven ágil y guapo en un monovolumen. El cambio, relativamente rápido, se produjo a partir de una estancia de varios meses en una universidad norteamericana: su adicción a las hamburguesas y, sobre todo, a las alitas de pollo convirtió su figura en ese corpachón de ahora, de cogote y sobatabarba porcinos, pecho abultado y panza solemne y dominante, de una amplitud, se diría, capaz de ocultarle sus propios pies.

Un cambio en el físico que inevitablemente había de repercutir en su relación de pareja, inicialmente la de dos jóvenes divertidos y ardorosos, siempre dispuestos a entregarse a lo que ella llamaba *hacer cochinadas*. El deseo sexual se había esfumado en él en razón directa a su ganancia de peso y a un ritmo no inferior en ella, como testigo atónita de semejante transformación. El punto de inflexión de ese distanciamiento se produjo sin duda cuando a ella se le escapó decir: ¿te das cuenta de que tienes casi más tetas que yo?

En la oficina, todo igual día tras día a modo de eternidad. Por suerte su trabajo era demasiado imprescindible como para que el *boss* la ninguneara como a los demás. Una táctica encaminada a hacerles conscientes de su condición de sustituibles, de desechables, y contar así con una plantilla tan dócil como mal pagada. Si alguien la acompañaba en su almuerzo –un menú del día invariablemente correcto– en el restaurante de siempre, era porque ella le invitaba para no sentirse tan sola.

Luego lo de siempre, el regreso a oscuras, calentar la cena que les había preparado la asistenta y acomodarse ante el televisor. Un buen día, eso sí, el mal humor escapó a su control y encarándose a él, repantingado en el sofá, que le quedaba como una butaca, le espetó:

—Oye, cuando haces caca en el baño de la oficina o de cualquier lugar público, ¿cómo te las arreglas? Porque antes, al darte aprensión hacerlo sentado por temor a contagiarte de algo, lo hacías, me contaste, acucillado encima, en plan tabla turca.

Por un momento pensé que me había pasado, que no iba a conseguir más que empeorar las cosas. Pero, para mi sorpresa, él se echó a reír encantado, como cuando las bromas de antes.

—No te preocupes —dijo—, que me las apaño la mar de bien.

Y aquella tarde se trajo de la ciudad una de esas tartas de manzana que tanto me gustan.

¡TOCAYO!

Me quedé de piedra. ¡Con qué gracejo y desenvoltura lo había contado! Una anécdota de la infancia de su padre; de cuando, durante la guerra civil, a fin de huir de los bombardeos de la ciudad, se hallaban refugiados en el chalet donde solían pasar los veranos. Que una noche el campesino local que de vez en cuando les proveía de caza –principalmente conejos, la única carne que podía conseguirse por aquel entonces– se presentó con el cuerpo desollado de una liebre. Y que entonces el abuelo había dicho con sorna: ¡qué curioso, en mi vida había visto una liebre con colmillos! Y es que, en realidad, lo que les quería vender como liebre era un zorro, concluyó encabezando las risas de sus oyentes. Una historia graciosa, sí. Solo que fue a mí a quien se la oyó contar en alguna ocasión, ya que fue a mi padre y a mi abuelo y no a los suyos a quienes les sucedió eso.

Probablemente me lo había oído contar cuando éramos niños y veraneábamos en el mismo pueblo, que seguía siendo el de la anécdota en cuestión. Y fue al médico de ese pueblo a quien, al coincidir en una visita, se le ocurrió decir: ¿sabíais que sois tocayos? Y si a él le encantó, a mí no me hizo ninguna gracia, porque él pertenecía a una pandilla que se dedicaba a abrasar caracoles y lagartijas malheridas con la pólvora de los petardos que se vendían por San Juan. Pero es que, además, en la ciudad coincidimos en el mismo colegio, aunque, por suerte, nunca en la misma clase. Eso sí, cuando nos cruzábamos en los pasillos, él nunca dejaba de gritar ¡tocayo!

Años después, ya adultos, al entrar en la sala de espera de un amigo abogado, volví a oír ¡tocayo! Se vino a sentar a mi lado y a evocar las coincidencias pasadas. Luego, ya a solas con el abogado, al comentarle el caso, se me ocurrió preguntarle si sabía a qué se dedicaba. ¿No lo sabes?, me contestó. Pues si tú no lo sabes yo no puedo decírtelo, añadió con una sonrisa.

Y lo cierto es que ni se me ocurrió pensar en él al apuntarme a este fin de semana en la isla para celebrar el 25 aniversario de nuestra condición de antiguos alumnos. Algo de lo que ya me arrepentí al subir al avión cuando volví a oír a mi espalda «¡Tocayo, eh, tocayo!».

Por si fuera poco, ya en el hotel, volví a oír su voz en la habitación contigua, sin duda insuficientemente aisladas una de otra. Un voz con esa bronquedad del que ha bebido demasiado. Al parecer, estaba intentando follar sin demasiado éxito con una azafata del avión que nos había traído. Una impresión que se vio confirmada cuando, horas más tarde, al encaminarme hacia Recepción, me crucé con ella, todavía como retocándose. «Su amigo y tocayo es una persona encantadora, pero como donjuán un verdadero desastre», me dijo.

Durante la cena, aunque por suerte mi mesa estaba muy alejada de la suya, su voz, cada vez más tartajeante, se imponía de vez en cuando al barullo generalizado. Hacia el final, tuvieron que llevarle a la habitación entre tres o cuatro.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, mientras andaba entre las mesas en busca de aquella a la que más me apeteciera apuntarme, alguien ya sentado me tomó del brazo. Era él, cuya presencia me había pasado inadvertida. La mirada que me dirigió era dulce y cariñosa. «No bebas, tocayo, no bebas. He oído comentar que ayer andabas borracho perdido», dijo.

Subí a la habitación, hice la maleta y tomé el primer vuelo de regreso.

HORAS DE COLA

–No sabía que fueras creyente.

–¿Yo?

–¿No acabas de decir que te has pasado dos horas haciendo esa cola del Cristo?

–Hombre, pero es para ver si me trae suerte estas navidades.

–¿En la lotería?

–¡Pues claro!

–¿Y tú crees que lo de la cola puede influir?

–Mira, cuando la cola se alarga calles y más calles es por algo. ¡Si a la que se acerca el día de la celebración la cola alcanza más de un kilómetro y hay gente que hasta duerme en las aceras!

–Ya, ya. Y cada uno con su problema, con su deseo, con algo por resolver...

–Supongo. Todos tenemos nuestras cosas... Con lo de la lotería bien que se forman colas casi tan largas para comprar un número en la adminis-

tración de Doña Francisquita o comoquiera que se llame. Pero a mí eso no me convence, ya que si bien es verdad que le caen más premios, es precisamente porque gracias a esas colas vende más números. Y en cambio el Cristo de Limpias o como se llame no vende números. Allí cada cual hace la cola por algo muy concreto, muy suyo. Y si se suma tanta gente será por algo, digo yo.

—No es el Cristo de Limpias. Es otro que ahora no recuerdo.

—¿El de Lepanto?

—Tal vez, aunque me suena que el de Lepanto está en Barcelona.

—¿Tú crees? No sé, hay tantos... Lo curioso es que aquí lo que cuentan son los cristos mientras que en Francia son las vírgenes. Fíjate la que tienen montada con la de Lourdes. Aquí no hay nada parecido.

—Ya. Pero es que allí el héroe nacional es una heroína, Juana de Arco, mientras que aquí es un tío, el Cid Campeador.

—A mí me parece más lógico lo del Cid, que ganaba siempre. Y fíjate que la Virgen podía ser la madre de Dios, sí, pero el Dios propiamente dicho era el hijo.